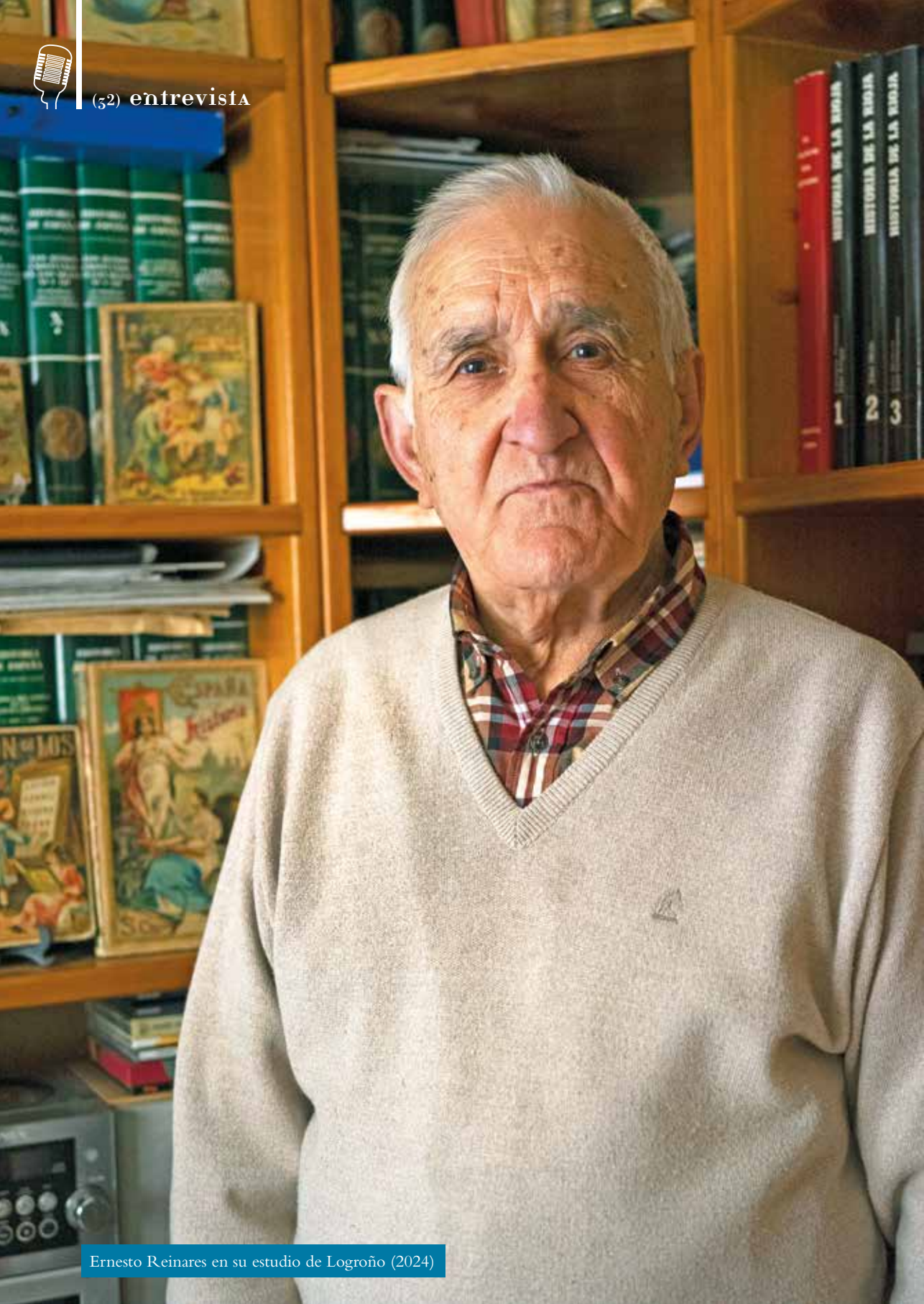




(52) entrevista



Ernesto Reinares en su estudio de Logroño (2024)



Ernesto Reinares Martínez

Memoria viva de la escuela rural de posguerra

Texto: URBANO ESPINOSA RUIZ

Imágenes: RUBÉN REINARES Y ASOC. AMIGOS DE SAN ROMÁN

Ernesto Reinares es natural de Rabanera (1935), sanromaneño desde poco después de venir al mundo y escolar de primera posguerra. Desde muy temprano apuntaba maneras de chaval espabilado con curiosidad innata por aprender; le fascinaban las letras, los libros.

“De la lectura temprana, –dice en uno de sus apuntes– pienso que me vino todo lo bueno y lo malo que me ha pasado en la vida; la lectura me hizo descreído, rebelde”; pero también, añadimos nosotros, le hizo ver con comprensión y buen humor la peregrinidad de todo vivir humano. Leía cuanto caía en sus manos, desde la hoja parroquial hasta recortes de *Nueva Rioja*; de aquí pasó a los primeros libros –*Vida de Manolete*, *Los Miserables* de Víctor Hugo o *Sonnica la cortesana* de Blasco Ibáñez– llegados a sus inocentes manos por sorpresa; y luego muchos más de entre los prohibidos o requisados por su maestro–sacerdote.

Soñaba con escribir un libro y de adulto vio colmados los sueños, pues cuenta con una amplia y prestigiada bibliografía propia, una aportación al conocimiento del pasado camerano que hoy forma parte de la mejor historiografía riojana. No por casualidad la primera de sus obras fue *La escuela de San Román de Cameros y sus fundadores: comerciantes riojanos en el Méjico colonial* (1987, colaboración con M. Zapater).

Por todo ello hemos querido preguntarle sobre esa escuela de los años cuarenta del siglo XX, cuando, siendo un crío, tan duro era llenar los estómagos de un corrusco de pan acompañado de patatas, alubias o tocino. Guarda en su memoria una imagen

fiel y viva de entonces; interesa que nos hable de ello, porque sospechamos que debe ser enorme la distancia que media entre los ideales y medios educativos de su tiempo y los de ahora. Sepamos lo que hubo, valoremos lo que hay.

• *La pía Fundación escolar de San Román pasa por ser la primera de la Sierra impulsada por iniciativa privada ¿Cómo fue el caso?*

Así es; la Fundación fue pionera en Cameros al contar con una escuela desde el siglo XVIII; la instituyeron los hermanos Simón y Diego de Ágreda, en origen humildes pelaires en los telares serraniegos; hijos de este pueblo y emigrantes precoces, destacaron en la política de Cádiz y Méjico donde estuvieron avecindados, respectivamente. Su fortuna procedía del comercio colonial. En 1787 crearon la institución escolar para los niños –en palabras de Simón– “que se criaban y vivían sumergidos en el abismo de la oscuridad y de la ignorancia a causa de no haber Escuela de Primeras Letras”. La dotaron de un generoso capital administrado por un Patronato, con cuyas rentas se mantuvo en funcionamiento más de 160 años hasta 1949; a ella iban los niños de San Román y de otros 9 pueblos circundantes. Al principio era solo para chicos y desde 1853 también para niñas. El centro realizó una labor inmensa en cuanto a la alfabetización de San Román y sus pedanías.



Conjunto escolar Aulas y viviendas de maestros

Panorámica de San Román

· *Asistes a esta escuela de Patronato cuando ya vivías tus momentos finales*

Con el tiempo, el capital fundacional se había devaluado mucho, las rentas no daban para contratar maestros y era el cura quien se encargaba de la docencia; era totalmente gratuita. En 1950 la escuela de San Román sería convertida en escuela nacional. Cuando comencé mi escolarización acababan de prescindir del maestro de párvulos, así que bajo la batuta del párroco, único docente, asistíamos entre 55 y 60 niños, desde los cinco hasta los catorce años. Disponíamos, eso sí, de buenos materiales didácticos adquiridos tiempo atrás; por ejemplo, mapas de España y del mundo, láminas de Historia Sagrada y de España del editor S. Calleja, modelos para aprender geometría, decámetro y jalones para medir fincas, pesas y medidas del sistema decimal y también un gran armario con libros.

· *¿Cómo un solo docente podía atender a tantos niños de edades tan dispares? Parece tarea de héroes*

Es cierto; y en este caso el cura maestro apenas percibiría una simbólica gratificación, si es que la

recibía. El docente marcaba operaciones aritméticas o tareas en la pizarra, realizaba dictados u ordenaba que estudiáramos cantando de memoria la materia. Era imposible el seguimiento personalizado de cada alumno; por eso, en el día a día de la escuela se solían formar grupos de alumnos según edad y luego los más aventajados, generalmente mayores, asistían al maestro en la tarea de enseñar a los pequeños; es lo que se conocía como organización lancasteriana o enseñanza mutua.

· *Ya que mencionas el día a día ¿cómo lo recuerdas?*

Tengo muy vivos los recuerdos de las jornadas de invierno; días duros muchos de ellos, con nieve y heladas persistentes. Encender el fuego en el brasero de cobre era tarea diaria que los chicos hacíamos con gusto; poníamos el cisco sobre la ceniza y quien animaba el soplillo disfrutaba del calorillo que se desprendía; una vez encendido, lo cubríamos con ceniza y metíamos el callo de una herradura para evitar el tufo. Era el maestro quien disfrutaba casi exclusivamente de esta rudimentaria calefacción. Los chicos, con la bufanda enrollada al cue-



llo, intentábamos con desgana resolver la difíciles ‘cuentas’; unos dándonos aliento en los dedos ateridos y otros rascándose los sabañones de los pies mal calzados con alpargatas. En los días de frío intensísimo únicamente permitía el maestro que los más pequeños, si se portaban bien, pudieran compartir con él el preciado brasero; eso sí, en turnos de pocos minutos cada uno.

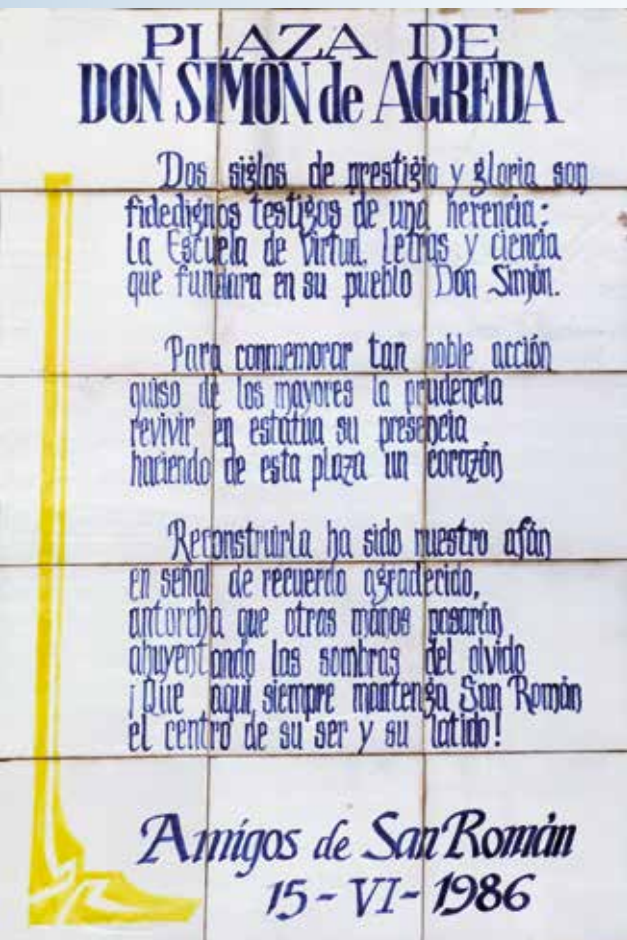
La higiene y la obligación de luchar contra parásitos como sarna, piojos, liendres, etc. se nos recordaba en los grandes carteles que pendían de la pared del vestíbulo, en los cuales se representaban cabezas rapadas como bombillas y dibujos de los parásitos, a tamaño mucho mayor que el natural para que los conociéramos.

• *Estrecheces en la escuela ¿Y fuera de ella?*

Como nació en 1935 me tocó una infancia condicionada por las secuelas de la guerra civil. Entré en la escuela con 4 años, curso 1940/1941. Perteneczo a esa generación silenciosa de quienes crecimos durante la década de los cuarenta, años de penuria y privaciones en una sociedad que luchaba por la supervivencia. Cierto es que en los pueblos de Cameros lo pasamos menos mal; no teníamos caprichos, pero no faltó el sustento básico. Creo que mi niñez transcurrió sin mayores traumas en contacto con la naturaleza: busqué nidos, salté la tapia en busca de la manzana ajena y en el río pesqué en porreta ranas y lampreas; en verano nos subíamos al trillo en la era y merodeábamos cerca de señoritos veraneantes y veraneantas, que no se bañaban desnudos como hacíamos los nativos. Una niñez feliz y también corriente, que por desgracia no tuvieron todos en la España de entonces.

• *Has dicho que el cura se encargaba de la enseñanza*

Mi visión de los años escolares se centra en la figura del cura, a quien asocio con la bofetada o el palmetazo, con la pizarra y el pizarrín, el catecismo del P. Astete, la *Enciclopedia* de Dalmau Carles, el papel secante y la tinta aguada porque había que ahorrar. Don Millán era su nombre; en la España nacionalcatólica el cura era una referencia de autoridad. Estaba chapado a la antigua porque era lo que se llevaba. Bondadoso, pero mal pedagogo improvisado; solía entregarse a la lectura del breviario o liaba cigarros que encendía continuamente, mientras insistía en lo necesario que era memorizar el catecismo. “La letra con sangre entra”, decía; y así nos enseñaba las ‘cuentas’, que aún no se llamaban matemáticas. Fui pronto un avisado monaguillo, experto en apurar el sobrante de las vinajeras y en manejar el cepillo dominical. Don Millán me vio espabilado y habló a mi padre sobre la conveniencia de que llegara a ser sacerdote. No llegué a entrar en el Seminario de Logroño porque rezaba demasiado deprisa: cuando todos decían “Dios te salve, María”, yo ya estaba “entre todas las mujeres”; simple chascarrillo de entonces, pues lo cierto es que la precaria economía familiar dio al traste con el proyecta-



En recuerdo del fundador de las escuelas



do ingreso, única oportunidad entonces para que el hijo de una familia humilde accediera a la cultura.

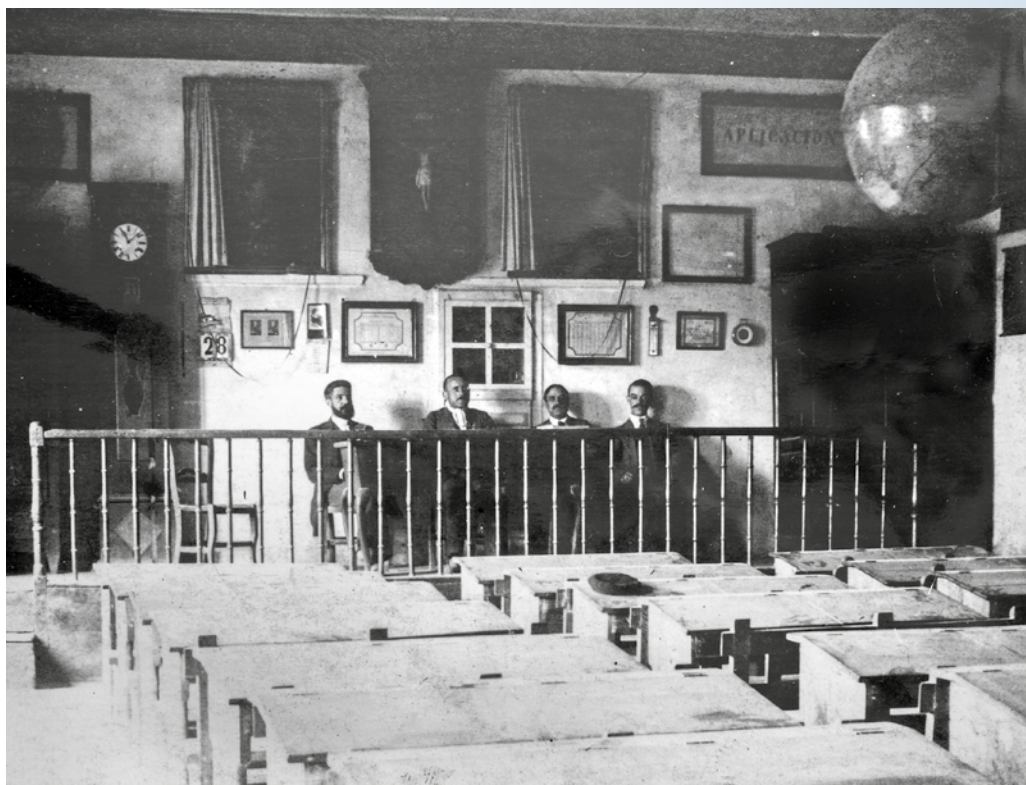
• *Las niñas, por un lado y los niños, por otro ¿no?*

San Román nunca tuvo escuela mixta; siempre dispuso de un aula para niñas y otra para niños. La separación por sexos obedecía a razones de orden moral y pedagógico: “los chicos con los chicos y las chicas con las chicas”, dicho popular que en la escuela se cumplía imperativamente. En el s. XIX se practicaba una enseñanza diferenciada; reproducía el viejo ideario cristiano de preparar a las niñas para el hogar, para las labores “propias de su sexo”, para ser buenas madres y mejores esposas. En mi tiempo, sin embargo, la formación diferenciada era mucho menor, pues todos compartíamos las mismas materias de estudio; además ellas tenían también *Labores*.

• *Participarías en más de una picardía con las chicas*

En San Román el aula de las chicas estaba en la

planta de abajo y nosotros en la de arriba sin comunicación interna. En los recreos ellas no podían pasar de un arco exterior por donde se llegaba a la escuela de niños; y nosotros no podíamos salir de la plaza alta junto a la iglesia, pero las veíamos desde una esquina de la barandilla y les decíamos cosas. Si alguno bajaba al arco para ver a las chicas jugar a las tabas o al diábolo, era castigado por don Millán poniéndolo de rodillas. Fuera del horario de escuela el encuentro era cotidiano y frecuente; ahí podían entrar en juego las picardías y malicias que los pequeños aprendíamos de los chicos mayores. Los pequeños nos preguntábamos qué significaba “No fornicarás”, el sexto de los mandamientos que el maestro nunca explicaba; nos lo aclararía luego la adolescencia cuando la vida bullía en nosotros frente a la estricta moral del momento. Para ser justo, tengo que decir que las relaciones chavales-chavalas eran fluidas y normalizadas; compartíamos ilusiones y alegrías, pues la convivencia que nos negaba la



Aula y maestros en la escuela de Patronato de San Román (1910-1915)



escuela nos la daban las calles, las familias y cuantos eventos se sucedían en el pueblo. No recuerdo per-
cance alguno entre escolares de San Román o de
sus pedanías por cuestión de sexo.

• *¿Qué nivel formativo aportaba aquella escuela?*

Mi escolarización fue muy deficiente. Los dos fines
de la enseñanza en las escuelas rurales eran aprender
a leer y a escribir. También se daba importancia a las
cuentas o aritmética, pero a duras penas se pasaba de
las cuatro reglas con decimales; era raro que llegá-
mos a los quebrados y a la regla de tres. No fui un
niño empollón, pero sí seguía con gusto al maestro
y me apasionaba aprender cosas que decían la *Enci-*

clopedia y los libros de la escuela. La escuela de San
Román mantenía un cierto ideario de excelencia
como herencia del pasado, pues pretendía estimular
el aprendizaje mediante una competición pública,
que se realizaba cada final de curso; yo conseguía
el primer premio en todas las modalidades, pero a
partir del segundo año me daban el segundo para no
desmoralizar a los compañeros. Me dieron 10 pesetas
por ese primer premio y de inmediato eché a cor-
rer hasta el río para dárselas a mi madre que estaba
lavando; con ellas me compró unas alpargatas con
suela de goma, porque las de cáñamo eran más caras.
A partir de cierta edad los niños colaborábamos en
las tareas familiares. Se salía de la escuela a los 14



Alumnas en la escuela de San Román (ca 1920)



El Catón de los niños, Editorial S. Calleja

años, pero algunos ya empezaban a faltar antes porque se les requería para ayudar a los padres con los animales o en el campo. Dicho popular de entonces: “El trabajo del niño es poco, pero quien lo desprecia es loco”. La cultura del esfuerzo se imponía desde muy temprano ¡Qué remedio!

· *¿Nos describes brevemente los ideales pedagógicos de entonces?*

La sociedad y la escuela quedaron con la guerra civil totalmente regidas por el llamado nacional-catolicismo; la prioridad era el adoctrinamiento ideológico y político de los niños de acuerdo con los valores del bloque vencedor. Al iniciar la jornada escolar se cantaba el *Cara al sol* y al concluirla el *Prietas las filas*, ambos eran himnos de Falange. Se decía desde instancias oficiales que los maestros integraban la “nueva milicia de la cultura” para formar “caballeros cristianos”. Predominaba el estudio

del catecismo y de la Historia Sagrada, que memorizábamos los más crecidos para convertirnos en pregoneros durante la Cuaresma por las calles y en la iglesia.

El castigo, incluso físico, como método para aprender fue el principio que sustentó el aprendizaje durante mi niñez, aceptado por los maestros y también por los padres. El bofetón que recibíamos, algo más que el soplamocos o sopapo, era doble; primero, el que aplicaba el maestro y luego, el que repetía el padre por aquello de que “algo habrás hecho”; mejor era no quejarse en casa. Paradoja: una de las materias que estudiábamos era “Urbanidad y buenas maneras”. En fin, otros tiempos, otras mentalidades, otra forma de ver la vida.

· *¿No te animas a publicar ese manajo de folios que tienes sobre tu infancia? Darían para un buen guion cinematográfico en manos de un nuevo Azcona*

Son memorias que vengo escribiendo desde hace tiempo; no se limitan a la escuela, aunque la incluyen; encierran también recuerdos transmitidos por mis ascendientes acerca de la vida familiar y de las gentes del Cameros Viejo en aquellos años de penuria posbélica. Tengo una gran parte más o menos estructurada y luego anotaciones diversas que he de ir integrando en el conjunto. Son relatos a veces tristes, otras alegres y, si el tema lo permite, los tiño con un punto de buen humor o ironía. No sé qué haré con ellos; quiero tener fuerzas para completarlos y publicarlos. Los inicié porque soy un enamorado de mi tierra, de sus paisajes y sus gentes, tuve la suerte de casarme en mi mismo pueblo y allí, en San Román, conservo con imborrable ilusión la casa y la fragua de mi abuelo y de mi padre; en ella pude cultivar el ancestral arte de la forja hasta que fue reemplazado por mis trabajos de Historia.

· *¿Cómo se consigue ser el historiador de primera que eres desde una vida profesional alejada de las Humanidades?*

No sé si seré ‘historiador de primera’, pero en la investigación histórica he puesto enamoramiento y pasión, aprovechando todo tiempo libre que dejaba mi trabajo en la aviación militar. Soy incapaz de calcular las innumerables horas dedicadas a lectu-



Ernesto Reinares en su mesa de trabajo (2024)



ras, a archivos y a escribir. Mi afición en la escuela por las letras y los libros me llevó después a indagar en el pasado de Cameros; antes de ocuparme de él apenas se conocían cuatro generalidades, puros mitos a veces. Mi acceso a la Universidad llegó a los 35 años, pero por motivos profesionales aquellos ilusionantes estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid nunca fueron concluidos. Mi aportación a la historia es modesta, aunque creo que también significativa, pero toca a los demás, no a mí, el juzgarla. Mi primer libro fue la biografía de los fundadores de las escuelas de San Román, con ocasión del bicentenario en 1987; el último trata sobre hidalgos, feudalismo riojano y mancomunidades de villa y tierra (2016); en total sumo nueve libros sobre temas históricos, principalmente cameranos. Los completo con numerosos artículos en distintos medios; también he colaborado con 12 semblanzas de otros tantos esclarecidos riojanos inmerecidamente anónimos, pero incluidos ya en el *Diccionario Biográfico Español* de la Real Academia de la Historia. El ver en letras de molde mis escritos me ilusiona por aquello de que ya tengo tres hijos y también he plantado más de un árbol.

LIBROS DE ERNESTO REINARES

1987. *La escuela de San Román de Cameros y sus fundadores: comerciantes riojanos en el Méjico colonial* (colaboración con Miguel Zapater Cornejo), Asoc. Amigos de San Román de Cameros, 187 p.

2002. *Las Alpujarras y Cameros; vida e historia en la montaña riojana*, Coleg. Ofic. de Aparej. y Arquít. Técnicos de La Rioja, Logroño, 185 pp.

2006. *García Herreros "El Numantino"; emigrantes, judíos, clérigos y otras vidas riojanas insólitas en la revolución liberal*, Coleg. Of. de Aparej. y Arquít. Técnicos de La Rioja y Caja Rioja, Logroño, 347 pp.

2007. *Las danzas en el Camero Viejo. De finales del siglo XIX a mediados del XX* (Colaboración con Fernando Jalón), *Piedra de Rayo* (*Revista riojana de cultura popular*) 11, Logroño.

2012. *Manuel García Herreros, un liberal camerano en las Cortes de Cádiz* (colaboración con Rebeca Viguera Ruiz), Asoc. Amigos de San Román de Cameros, 190 pp.

1998-2013. *El Camero Viejo*, 3 vols. con amplia participación colectiva. Asoc. Cult. Amigos de San Román de Cameros. Doce trabajos comprendidos en un total de 377 pp.

2016. *Hidalgos, pecheros y malhechores feudales en Cameros; del mito a la realidad histórica*, Logroño, 358 pp.